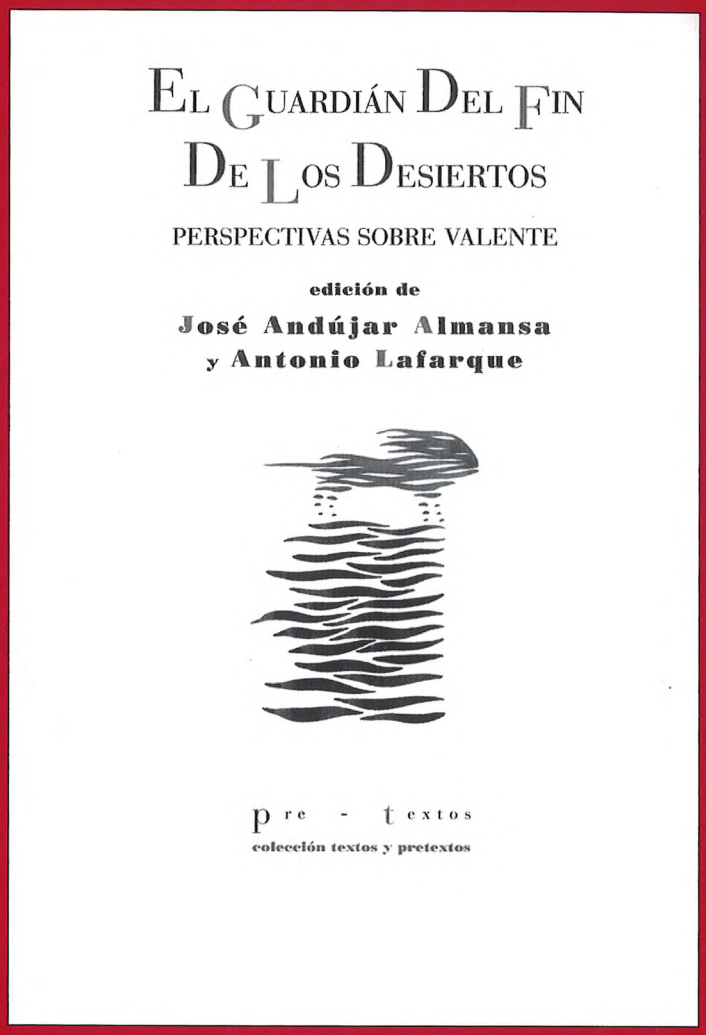

EL GUARDIÁN DEL FIN DE LOS DESIERTOS (*)

(La reciente recepción en España de la obra de José Ángel Valente)

Alejandro Rodríguez-Refojo

Desde la desaparición de José Ángel Valente en 2000 han visto la luz en España una serie de obras, monográficas unas, otras recopilatorias, que se han ocupado de difundir, analizar e interpretar la obra poética y ensayística del poeta gallego. Esta actividad crítica en torno a Valente se ha intensificado en los últimos cinco años, favorecida por la publicación de sus *Obras completas* (2006 y 2008), en magnífica edición de Andrés Sánchez Robayna (vols. I y II) y Claudio Rodríguez Fer (vol. II), que han fijado un corpus textual al que hay que añadir el recientemente publicado *Diario anó-*

(*) *El guardián del fin de los desiertos. Perspectivas sobre Valente.* Edición de José Andújar Almansa y Antonio Lafarque. Editorial Pre-textos, Valencia, 2011

nimo (2011) de Valente. Precisamente a los citados Sánchez Robayna y Rodríguez Fer (éste como director de la Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética), así como a otros poetas y críticos más jóvenes, entre los que es preciso nombrar a Jordi Doce y a Marta Agudo, debemos gran parte de los esfuerzos de edición que han asumido, como queda dicho, tanto la labor de fijar un corpus textual como de animar el debate crítico en torno a la obra del autor, un debate necesario para evitar que se forme —en palabras de Doce y Agudo— «el limbo de silencio que suele envolver a muchos creadores después de su muerte.» (*Pájaros raíces. En torno a José Ángel Valente*, 2010, p. 8).

Pero ese limbo no ha llegado a crearse, y la sombra crítica del escritor no deja de crecer, de modo que el lector podría preguntarse: ¿cuál es la causa de este interés? La respuesta es, aparentemente, sencilla. Valente es, a mi juicio y al de muchos otros, uno de los poetas y ensayistas mayores de la literatura contemporánea. Pero mucho me temo que, para ser fiel a la verdad, un análisis detenido de ese creciente interés crítico exigiría contar con otros factores que hicieron palpable el temor de muchos de que ese «limbo de silencio» envolviera efectivamente al autor de *Fragmentos de un libro futuro* (2000). Entre tales factores es justo no olvidar el carácter polémico que caracterizó la recepción en España de su obra escrita a partir de la década de 1970. A esta recepción coadyuvó sin duda negativamente la pésima reputación que Valente se granjeó en el entorno literario español, fundamentalmente por decir lo que pensaba y por expresarlo a menudo de manera cáustica. Por esta razón, justo antes y después de su muerte se publicaron declaraciones muy duras sobre su obra y su persona, sobre todo en relación a ese supuesto segundo Valente que parece nacer por generación espontánea después de publicar *El inocente* (1970).

Es difícil saber cuántos escritos sobre el poeta publicados en los últimos años debemos a esta suerte de «defensa» de su obra —y de ciertos principios en ella contenidos. ¿Acaso necesita su poesía y su poética, que ha atraído la atención de algunos de los más notables críticos y filósofos europeos, una defensa? No lo sé, pero una cosa está clara para mí: un crítico escribe siempre, muchas veces acaso sin saberlo, en defensa de una serie de valores, y desde este punto de vista su actividad es plenamente política. Recordemos que un libro o una obra no se defienden ellos solos, no pueden hacerlo —ni siquiera hoy me parece que las obras de Dante, Cervantes o Goethe, en pleno eclipse de las humanidades, puedan defenderse por sí mismas. Hubo un tiempo en que Valente fue acusado de traicionar sus comienzos realistas, de abandonar «casi por completo los dominios de la historia», y tachado de «conspirador de oscuridades» —según las conocidas y aviesas afirmaciones realizadas por García-Posada en su reseña de *La experiencia abisal* (2004)—, pero por fortuna ese tiempo ha pasado.

Prueba de ello es que las palabras del poeta son ponderadas hoy con calma desde perspectivas diversas, y fructifican en las manos de poetas y críticos —algu-

nos de ellos muy jóvenes— como los que figuran en la más reciente entrega que examina el legado intelectual de José Ángel Valente: *El guardián del fin de los desiertos* (2011). Editado por José Andújar Almansa y Antonio Lafarque, este libro engloba un conjunto de artículos y ensayos que se leyeron a lo largo de la primavera y el otoño de 2010, en el marco de un ciclo de conferencias sobre la obra y la figura del escritor celebrado en Almería, la «ciudad celeste» que eligiera a mediados de la década de 1980 como lugar de residencia. *El guardián del fin de los desiertos* —título sacado de un texto de Valente, «Palais de Justice», que cuenta el doloroso episodio de su divorcio y cuya publicación está por el momento prohibida— se estructura en tres apartados: «La memoria», dedicada al recuerdo del hombre, de su casa y de la estrecha relación que estableció con la ciudad y la provincia de Almería; «Los signos», que recoge cuatro textos que se detienen, respectivamente, sobre las cuatro modalidades de escritura que Valente desarrolló, esto es, la poesía, la prosa de creación, la traducción y el ensayo; y «Centro y variaciones», constituido por una serie de escritos de diferente extensión sobre distintos aspectos de la obra valentiana.

El volumen integra, por tanto, trabajos de distinta índole y calado. Los que tienen un marcado carácter biográfico tienen una significación especial, dada la resistencia del poeta a toda tentativa de escritura autobiográfica. Particular interés reviste «La casa y la memoria», donde Ramón de Torres López —el arquitecto que rehabilitó la casa almeriense de Valente y con el que éste trabajó en varios proyectos urbanísticos y de ordenación del territorio— da cuenta del desarrollo de una productiva colaboración, además de indagar en el vínculo poesía-arquitectura que ocupó a Valente durante esta etapa hasta el final de sus días, y de confirmar su «activo compromiso social y cultural con el presente de la ciudad y de la provincia». Otro texto destacable es el de Andrés Sánchez Robayna, «Introducción al *Diario anónimo* de José Ángel Valente», la primera aproximación a un conjunto de anotaciones que Valente dejó escritas en varios cuadernos y que no llegó a publicar. Este *Diario* constituye en realidad un cuaderno de trabajo fechado, que abarca desde 1959 hasta el año mismo de la muerte del poeta, y que debió servir seguro a su autor a modo de taller en su incesante labor creadora. Según Robayna, no parece que Valente sintiera una especial inclinación a la lectura de diarios, y añade que la concepción que poseía de ellos «está más cerca de los *carnets* de escritor que de los diarios confesionales.» En cualquier caso, este *Diario anónimo* constituye una ayuda inestimable para el investigador y el crítico, pues ofrece muchas «pistas» para desentrañar el proceso de formación intelectual del escritor.

Los textos que componen la segunda sección del libro aquí comentado analizan, como dije, las distintas modalidades de escritura que cultivó Valente en vida. José Andújar Almansa realiza un recorrido por el universo lírico del autor en su

ensayo «El limo y la ciudad celeste», en el que tantea algunas cuestiones centrales de ese universo, desde la buscada anonimia hasta el papel que desempeñó el sur y el desierto en su poesía. En «Poesía extramuros» Lorenzo Oliván se acerca a la prosa de creación, que acoge la «vena más crítica y ácida» de su obra, como dice certero el poeta y crítico cántabro. Miguel Gallego Roca aborda la labor traductora de Valente, y Jordi Doce los ensayos y artículos críticos. Me detendré sobre el texto de este último, «La búsqueda de lo propio. Valente, ensayista», porque toca una vertiente de la escritura valentiana aún no tratada por la crítica: los artículos políticos escritos durante la Transición Española (cuatro de ellos publicados en *El País* en 1977 sobre la democracia naciente). Doce afirma que la posición de Valente, muy atenta a las estructuras no visibles de poder que estaban formándose entonces, pudo parecer en aquel momento «incómoda, intransigente o poco realista», pero «se ha revelado con el tiempo lúcida y premonitoria.» En cuanto a la contradicción aparente que supone el ejercicio de la crítica política y de una poesía marcada por la exploración de la «memoria de la materia» —tal como la definió el propio Valente—, Doce concluye de manera atinada que esa exploración no supone una abdicación de las inquietudes colectivas que habían animado su escritura en la década de los sesenta, sino que es «el fruto, la consecuencia natural, de una decisión de orden político: proteger la palabra de las perversiones y manipulaciones del poder».

La tercera y última sección del libro, «Centro y variaciones», se compone de una serie de textos de variado carácter. Los más extensos son los de María Payeras Grau y Carlos Peinado Elliot, que desde distintas perspectivas examinan la poesía de Valente. Payeras Grau estudia una serie de poemas de naturaleza metapoética y la imagen del autor que su obra proyecta, teniendo en cuenta la óptica generacional y situando a Valente a la cabeza del grupo del 50, pues «integró en el concepto de conocimiento poético una perspectiva acerca de la función de la poesía que vertebraría, incluso en su rica diversidad, la poética generacional del medio siglo.» Por su parte, Carlos Peinado Elliot nos entrega, en su texto «El simbolismo religioso en *Tres lecciones de tinieblas*: la cruz y la rueda», un revelador trabajo de estos dos símbolos espaciales, que parecen regir el movimiento de los signos en el libro más hermético de Valente. Este hermetismo ha sido otro de los caballos de batalla de la crítica española, cuyo sector más cerril ha despreciado la riqueza y la coherencia que en el terreno de los símbolos muestra la segunda etapa poética valentiana. Autores como René Guenon, Henri Corbin o Gershom Scholem fueron fundamentales en la formación de Valente desde muy temprano, nos recuerda Peinado Elliot, que profundiza así una línea de investigación que aún —a pesar de los estudios de Eva Valcárcel, Antonio Domínguez Rey o el propio Elliot, entre otros— no parece haberse agotado.

El texto que firma José Luis López Bretones, «José Ángel Valente y la utilidad de la poesía», abunda en una cuestión de suma importancia para comprender que la poética de Valente no varió de forma sustancial con el paso del tiempo, ya que siempre mantuvo una postura heterodoxa de «radical libertad que nacía —en palabras de López Bretones— de una conciencia crítica hacia toda operación que supusiese el falseamiento, el ocultamiento o el cierre de la realidad. Un falseamiento que siempre ha pretendido instaurar cualquier tipo de institución u ortodoxia que se haya arrogado totalitariamente la interpretación y administración de esa misma realidad: llámese tendencia artística, discurso político, convención literaria, dogma religioso o sistema de pensamiento.» Los otros textos incluidos en esta sección, los de Ramón Crespo, Marcela Romano o Aurora Luque, constituyen homenajes no exentos de intuiciones críticas que contribuyen a perfilar este «guardián del fin de los desiertos», título un tanto pretencioso para mi gusto, pero que responde en fin al universo poético que se estudia.

La sombra crítica de Valente seguirá, imagino, creciendo. Es una obra que atrae de modo natural al investigador por sus vinculaciones con la estética y la antropología religiosa. Por otro lado —y esto es, a mi juicio, lo más importante—, su poesía está llamada a seguir ejerciendo un magisterio que ha venido desarrollándose de manera pausada pero segura; un magisterio que no se restringe sólo a los límites de la lengua, sino que se extiende más allá de ellos gracias a las traducciones que se han hecho de su obra. Un solo ejemplo: durante el curso celebrado en Santa Cruz de Tenerife a finales de 2010, que bajo el título «José Ángel Valente: una perspectiva internacional» congregó a cinco de los traductores de la poesía de Valente, Petr Zavadil, el traductor de Valente al checo, afirmó que la presencia de este se había dejado sentir no tanto en la crítica especializada como en la obras de los jóvenes poetas de su país. Así ha ocurrido también, me atrevo a afirmar, dentro del ámbito español. El carácter polémico del que hablaba al principio implica igualmente a los que aprecian y valoran su obra y su figura. Ese carácter es, en mi opinión, una consecuencia del *daimon* que poseyó a Valente toda su vida, que está presente en su poesía y en su prosa de creación, pero también en sus ensayos y sus traducciones. Su obra sigue seduciendo más allá de pasadas controversias, como lo demuestra este *Guardián del fin de los desiertos*, que contribuye sin duda al mejor conocimiento de una obra ciertamente «imprescindible».